



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10898

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extran-
jera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 2 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

COMO SIEMPRE

Era muy balagueña la noticia
para que fuese cierta y ha resulta-
do falsa de toda falsedad.

Ni el «Brooklyn» se ha ido á pi-
que a consecuencia de un cañona-
zo, ni Schley ha perecido, ni la
escuadra de Cervera ha librado
combate, ni hay nada de cuanto
contribuyó á llenarnos el alma de
alegría hace cuarenta y ocho ho-
ras. Lo único que queda de todo
eso, es la certeza de que hay por
ahí gentes sin temor á nada, que
juegan con la paz de los espíritus
y que por ganarse un puñado de
duros en una jugada de Bolsa le
venderían el alma al mismo Lu-
cifer.

Procedía el telegrama que da-
ba la noticia de Jamaica, de don-
de viene todo lo que nos causa
daño, unas veces porque es ma-
lo y resulta cierto y otras porque
las buenas nuevas no se confir-
man.

Es muy sensible lo que nos pa-
sa, pero lo tenemos bien mereci-
do. ¿Cómo no, si aceptamos la in-
formación yanki hecha por los que
sirven los intereses de nuestros
contrarios?

Jamaica... Hong-Kong... Como
quien dice Cayo Hueso y Tampa.
Unos y otros son centros sibilus-
teros, que amparaban á nuestros
enemigos cuando nos encontrába-
mos empeñados en dos guerras
civiles y son ahora enemigos con
el semblante oculto desde que
sostenemos una guerra internacio-
nal.

Hong-Kong... De allí ha veni-
do diferentes veces la noticia de
haberse arriado en la isla de Lu-
zón la bandera de España. Jamá-
ica... De allí ha venido la noticia
sensacional que ha sacudido últi-
mamente nuestros nervios.

Y si esas falsedades fueran nue-
vas! Pero son antiguas; constitu-

yen la información diaria, esta in-
formación que nos ha gastado los
nervios en dos meses y que obli-
ga al lector á arrojar lejos de sí
el periódico, prefiriendo permane-
cer en la ignorancia á saber em-
bustes.

Hace mes y medio dijo la infor-
mación de Hong-Kong que Manila
se había rendido, y aun se defien-
den heroicamente en ella nuestros
soldados.

Hace dos semanas decían des-
de Nueva York que las tropas
yankis estaban alcanzando con la
mano las murallas de Santiago
de Cuba y ahora resulta que con-
tinúan en las proximidades de la
playa.

Hace dos meses nos dijeron de
Kingston que la escuadra del ge-
neral Cervera había sido alcanza-
da por la yanki, librándose un
combate junto á la Martinica y
resultó como ha ocurrido ahora.

Hong-Kong... Jamaica... Cayo
Hueso... Tampa...

¡Valiente información!
¡Toda mentira!

GLORIAS NACIONALES

Heroica defensa de Canosa
(Nápoles).

2 de Julio de 1502.

La guerra que entre Francia y Espa-
ña surgió á consecuencia de la mala fé
con que llevaron á efecto el tratado de
partición del reino de Nápoles, firmado
el 14 de Noviembre de 1500, hallábase
en sus principios.

Las fuerzas de que disponía el Gran
Capitán eran muy escasas, (no había
aún recibido los refuerzos que al rom-
perse las hostilidades pidió á España),
y por tal motivo se encerró con la ma-
yor parte de sus tropas en Barleta, don-
de fué sitiado, distribuyendo las restan-
tes entre Bari y Canosa.

Hallándose ocupado el ejército fran-
cés en el sitio de Barleta, el duque de
Nemours dispuso que los capitanes Ba-
yardo y La Paliza sitiaron á Canosa,

defendida por 600 hombres al mando de
Pedro Navarro.

Resueltos á pelear hasta perecer to-
dos, los bravos defensores de Canosa,
no cesaron un momento en sus deseos,
y con arrojo y bizarría sin igual recha-
zaron dos asaltos dados por fuerzas
muy superiores y ambos dirigidos por
los citados capitanes.

Como la situación en que se encontra-
ba Gonzalo de Córdoba no le permitía
enviar socorros á Navarro, le mandó
que capitulase en las mejores condicio-
nes que le fuera posible, por compren-
der que de no enviarle socorros, la pla-
za terminaría por ser de los franceses,
resultando por esto estériles las priva-
ciones y la sangre que se vertiera.

Satisfecho quedó el Gran Capitán de
la capitulación hecha por Navarro,
pues fue de condiciones tan honrosas
que los españoles abandonaron la plaza
con banderas desplegadas, dando gritos
de ¡Viva España! y marchando al com-
pas de tambor batiente hasta después
de haber salido del campamento fran-
cés.

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción).

Crónica Internacional

(De nuestro servicio especial)

La paz, acaso tanto ó más que la gue-
rra, es lo que embarga en los actuales
momentos la atención de nuestro go-
bierno y de los más conspicuos políti-
cos de todos los partidos.

Todos están de acuerdo, en lo de de-
sear la paz, pero no en lo del momento
oportuno de ir á ella, sin desdoro para
nuestro honor y sin grandes perjuicios
para nuestros intereses.

Los que piden la paz á todo trance,
cueste lo que cueste, basan su preten-
sión en la desigualdad de elementos de
guerra que existen entre España y los
Estados Unidos; en el triste estado de
nuestro país y Tesoro, y en que cuanto
más duradera sea la guerra más cala-
mitosa será la situación en que España
quede una vez firmada la paz.

Los que combaten la petición de la
paz en los actuales momentos, se apo-
yan en que hasta hoy los yanquis no
han logrado éxito que justifique la pe-

telición; en que aun—descartado lo de
Filipinas, que en realidad no presenta
aspecto lisonjero para los yanquis—
canos—la guerra permanezca así, y
en que pedida hoy, por la paz,
nos costará por lo menos tanto como
mañana, bien solicitándola España,
bien venida por la intervención de las
potencias.

¿Quién de esos dos bandos está acer-
tado en su pretensión?

A nuestro juicio el que rechaza hoy
la petición de la paz.

Aunque los Estados Unidos disponen
de más medios que España, para hacer
la guerra, creemos que esto no nos de-
be inducir á solicitar la paz desde ine-
go, cuando á penas se ha comenzado la
lucha, cuando aun no se ha librado he-
cho de armas de importancia y que no
deje lugar á dudas respecto á quien se-
rá el vencido.

Todas las guerras tienen fin cuando
las batallas libradas determinan el
vencedor y el vencido, ó sea, cuando la
fuerza de los hechos obligan al que lle-
va la desventaja á pedir la suspensión
de hostilidades para negociar la paz.
¿Vámonos nosotros hoy á romper con esa
lógica é indiscutible regla?

Si eso hiciéramos, contra los que al-
gunos creen, nuestro honor no quedaría
limpio y brillante; pues con tal hecho
confesaríamos nuestra pequeñez, y un
temor grandísimo ante las arrogancias
y amenazas de los yanquis, situación
de que ellos sacarían gran provecho.

Aparte de todo eso, pedir la paz sin
que las armas hayan determinado el
vencedor y el vencido, envuelve una
desconfianza injustificada, contra la
que se levantaría el pueblo y el Ejérci-
to hacia la valía de nuestros soldados, y
esto, ni tiene justificación, ni por la
mente debe pasarnos.

Para pedir la paz en las condiciones
que hoy nos encontramos, mejor cuenta
nos hubiera tenido, dado que el honor
quedaba á la misma altura entonces que
ahora, haber accedido ha cuatro meses
á cuanto los Estados Unidos pedían. Hu-
biéramos ganado lo que hoy piden más,
y además de esto no existirían los se-
res sacrificados y nuestro Tesoro no
habría hecho cuantiosos desembolsos
para preparar y sostener la guerra.

De haber llegado al terreno en que
hoy nos encontramos, debemos seguir
adelante, por si la fortuna no nos es

tan adversa como se teme, ya deparán-
donos algunos triunfos que nos coloquen
en buenas condiciones para ir á la paz,
ya haciendo surgir complicaciones que
pudieran favorecernos.

Las que hablan de pedir hoy la paz,
deben tener presente que en la América
del Norte existe un partido contra-
rio á la guerra, tan poderoso, tanto por
el número de adictos que tiene como
por la calidad de los argumentos que lo
componen, que es la constante preocu-
pación de Mac-Kinley y de todos los al-
tos políticos partidarios de la gue-
rra.

Este partido, que aumenta á medi-
da que se conocen las grandes dificul-
tades que ofrece la guerra y los enor-
mes gastos que origina, se levanta
amenazador contra los que han provo-
cado el actual conflicto y se apronta á
combatirlos en las próximas eleccio-
nes.

Si esto ocurre cuando el ejército yan-
qui no ha sufrido descalabro serio, tal
como la pérdida de algunos barcos, ó
como la pérdida de una batalla en que
sus bajas asciendan á centenares ó mi-
llares, ¿cuál será la actitud de ese par-
tido el día en que se registre uno de
esos desastres?

Las próximas elecciones son en Octu-
bre. Si España, con algunas victorias
regulares, logra sostener la guerra
hasta el período electoral, ya veríamos
quienes eran los que pedían la paz y
cuáles serían las condiciones en que se
firmara.

Piensen bien en esto los españoles
que hoy piden la paz.

CH. BOPHEX.

VARIEDADES

GEOGLIFICO

F MRI DD

Angelita Lolita

CHARADA

Prima, todo, ayer te vi
en casa de mi pariente,

CARLOS II EL HECHIZADO

993

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

CARLOS II EL HECHIZADO

989

—Pero qué habeis creído que vuestra libertad....
es....

—¿Pues qué es? padre... ¿qué es? Por mi vida
que me voy á volver loco.

—Vuestra libertad hijo mío, es la libertad eterna;
la libertad del alma, encerrada aun en la triste car-
cel de vuestro cuerpo.

Aunque estas frases no eran oscuras, Villouraz no
las entendió ó no quiso comprenderlas.

—Padre, replicó temblando; yo no comprendo esa
clase de libertad.... Yo hablo de la libertad de la ca-
lle, de la libertad de irme á mi casa.

—Esa ya no existe para vos.

—¿Como que no!

—¿Pues ignorais que estais sentenciado á muerte,
y que se os ha concedido una hora para que os pon-
gais bien con Dios!

El marqués apesar del tormento no podía conce-
bir que fuese cierto lo que oía, y estuvo tentado de
arrojar á la cabeza del fraile el banquillo donde es-
taba sentado. Pero cuando la reflexión se apoderó
de él, principió á titubear.

—¡Yo sentenciado á muerte! Vamos, sin duda yo
estoy loco ó estoy soñando. ¿Qué he hecho yo?

—Os inculpan gravísimos delitos, hijo mío, con-
testó el religioso, pero esto no me pertenece. Como

—Entonces el cielo os envía. ¿Sabeis si me pon-
drán hoy en libertad?

—¡En libertad! exclamó el dominico, sí... sí; hoy
es el último día de vuestros sufrimientos.

—¿Luego el tribunal habrá reconocido su error?
¡Oh! esa noticia compensa los dolores que estoy su-
friendo. Vos no sabeis lo que es el tormento. ¡Dí-
blo! Figuraos que os muerden, que os pinchan, que
os desgarran, que os chupan la sangre...

—¡Ah! esa es una ofrenda propiciatoria que de-
beis ofrecer anticipadamente á Dios.

—Ciertamente sí, padre, contestó el marqués. Pero
decidme, ¿cuándo vendrán por mí?

—Muy pronto: por lo tanto es menester que os
prepareis.

—¡Oh! estoy listo; puedo andar con facilidad,
apesar de mis quebrantos.

—Entonces, hijo mío, conviene que os confeséis.

Villouraz que no aguardaba esta contestación,
abrió los ojos con estupor.

—¿Como confesarme! ¿No decís que vendrán
pronto?

—Sí.

—Luego á qué hemos de emplear el tiempo en ese
acto, cuando deseo respirar el aire libre, ver á mi
esposa....

ma quedó con los ojos desencajados, la boca entre-
abierta, lanzando alaridos terribles y echando es-
pumarajos.

La plancha que había subido á unirse con el fon-
do de la cama, estaba cuajada de puntas afiladas,
las que saliendo por multitud de agujeros fueron á
clavarse como otros tantos puñales en la carne del
marqués.

—¡Ay!.... ¡ay!.... ¡por piedad!.... ¡por misericor-
dia! gritó éste.

—Confesad, dijo el notario, haciendo traer una
mesa y una escribanía.

—Bien, confesaré.... haré ó diré lo que gustéis.

El escribano se sonrió como un hombre que no
duda de los efectos del tormento, y después de sen-
tarse cómodamente para escribir con mas facilidad,
dijo:

—¿Cuál es vuestro nombre verdadero?

—Ya os lo he dicho: soy el marqués de...

Las puntas de acero no aguardaron á que conclu-
yese la frase. Un nuevo y penetrante grito desgarró
su garganta.

—Ved los efectos de la mentira, dijo el notario;
vos sois el conde de Santibañ, confesadlo.

—Lo confieso, contestó el embajador no puden-
do pasar por otro punto